

otro lado del Mosela llegaban hasta el territorio de los burgundos y se engolfaban en las Galias hasta los Vosgos.

Colocando Diocleciano un emperador y una corte junto á la misma frontera de semejantes enemigos, logró tenerlos á raya. Constanancio invadió el territorio de los francos y estorbó á los alemanes lanzarse sobre las Galias; pero muchas hordas de sármatas, de carpos, de bastarnos, consiguieron establecerse en las provincias desguarnecidas de habitantes. Si la vanidad romana se lisonjeaba de ello y lo aplaudía una política de estrechas miras, no es ménos cierto que el imperio acogió de este modo en su seno á la serpiente que debía destrozarlo.

Mucho dieron que hacer los francos á Constantino, quien ejerció contra ellos á las legiones destinadas á hacerle soberano del mundo, é instituyó los juegos fráncicos en memoria de los triunfos alcanzados sobre ellos. Crispo, su hijo, se hizo formidable á los ojos de aquellos pueblos, como también á los de los alemanes; hizo en persona la guerra á los godos, quienes despues de haber rehecho sus fuerzas en el curso de una larga paz, se habían unido á los sármatas de Palus-Meotidas. Habiendo devastado la Iliria se vieron obligados á emprender una retirada vergonzosa. Constantino los persigió hasta su país, pasando el Danubio por el puente de Trajano, que mandó repasar sin tardanza. Reducidos los godos á implorar la paz se comprometieron á proporcionarle cuarenta mil soldados.

Vecinos ménos peligrosos tenía en Africa el imperio; pasando sus moradores del yugo de Cartago al de Roma, vivían, ya que no dóciles, tranquilos. En tiempo de Calígula había sido reducida á provincia la Mauritania. Fueron fundadas colonias en tiempo de Claudio junto al límite del gran desierto, donde se construyó la ciudad de Sale, tan adelante en las tierras del actual país de Marruecos, que eran asaltadas á menudo por tropas de elefantes salvajes. Se puede decir, pues, que los romanos ocupaban todo el territorio habitable del Africa Septentrional, porque penetraron muchas veces hasta las gargantas del Atlas. Los berberos, los getulios, los moros, se lanzaban al desierto á ejercer sus rapiñas ó cultivaban los oasis, y no podían ser dominados por carecer

de habitaciones fijas. Sacaban de ellos los romanos los frutos del naranjo y del limonero, la púrpura que recogían en sus rocas, los animales destinados á los espectáculos del anfiteatro, el marfil y los esclavos de la Nigricia.

Pero cuando la opresión y el ominoso peso de los impuestos disminuyeron la población en los países sumisos á Roma, abandonando moros y getulios el desierto ó las gargantas del Atlas, llegaron á apacentar sus rebaños en los campos abandonados; saqueando y huyendo alternativamente se creían obligados á vengar como un ultraje los suplicios que les imponía una autoridad no reconocida por ellos. Su audacia subió de punto á medida que decreció el poder romano, y fueron rechazando poco á poco la civilización hácia las costas. Ya al principio del IV siglo habían tomado posición algunos príncipes moros á la falda del Atlas, así como en la comarca comprendida entre el desierto y Cartago. Roma podía perder una porción de su territorio; pero como aspiraban ménos á las conquistas que á la independencia, tenía ella poco que temer de sus amenazas.

Otros bárbaros rodeaban el Egipto, tales como los moros nasamonos junto á la orilla occidental y los árabes junto á la orilla oriental del Nilo; pero la Nubia y la Abisinia no estaban bajo la dominación de los romanos, quienes frecuentemente no podían hacerse obedecer en la Tebaida de la generación nueva, y para ellos extraña, de los solitarios.

Muchas veces habían intentado los romanos avasallar la gran península arábiga; pero si se jactaron de algunos triunfos, descubrieron en realidad que la naturaleza no había hecho aquellos pueblos para el yugo ni para una nación estable. Habíanse, pues, contentado con servirse de ellos para comerciar con la India, y ya daban el nombre de sarracenos á intrépidos bandidos que llegaban del desierto á infestar la Siria. Tomaban á veces á sueldo algunas tropas de sus ginetes, sin iguales en el mundo, por el ardor infatigable y por la docilidad de los caballos. Pero no creían tener que temer más que pequeñas escursiones por parte de un pueblo que, apesar de todo, debía conquistar en breve en el discurso de ochenta años más territorio que había conquistado Roma en ocho siglos.

Palmira había perdido con la libertad aquel esplendor y aquella prosperidad que la habían hecho maravilla del Oriente. Se habían enseñoreado los partos de Armenia, y habiendo encumbrado al trono de Artaxato un vástago de los Arsácidas, se hallaban de este modo en contacto con el imperio; pero cuando el predominio de la raza persa tornó á someterlos á la coyunda, Armenia recuperó su independencia y se unió con los vínculos de la religión á los romanos.

CAPITULO III

Constantino

Vencedor de Licinio, se encontraba Constantino señor del mundo y podía ya ejecutar los proyectos meditados hácia mucho tiempo. Una política nueva había restablecido el orden en el imperio y debía darle una nueva capital de consiguiente. Roma hacia entonces memoria de su antigua grandeza; pero ¡cuán humillada debía sentirse al ver cómo se imponían emperadores extranjeros á sus recuerdos gloriosos; al ver en seguida á Diocleciano trasladar á otra parte la verdadera sede de la autoridad, y, por último, á sus sucesores permanecer lejos de ella años enteros y aún toda la vida! Mientras residieron en Roma los emperadores, se mecía el pueblo con aquella sombra de autoridad que se lisonjeaba de reconquistar cuando les veía mendigar su favor con la afabilidad, con liberalidades y juegos, ó cuando bajo los balcones del palacio ó en el recinto del teatro aprobaba con sus aplausos, ora una acción, ora una ley, ó protestaba contra ella á silbidos.

Ya habían cambiado los tiempos. Diocleciano había convertido en una corte oriental la corte de Augusto, tan frugal antiguamente; había depuesto la toga, que disimulaba aún la tiranía, poniendo entre los súbditos y el príncipe el abismo abierto entre ellos en Asia por el hábito de la servidumbre. No se trataba, pues, de granjearse la voluntad de la multitud, de vencer al Senado, de respetar los usos nacionales, sino de deslumbrar con el fausto y de intimidar con la fuerza.

Acostumbradas á servir las provincias, se doblegaron á la nuevapolítica fácilmente. Pero á

cualquier lado que volviera los ojos el romano hallaba recuerdos de otra especie: sobre el Aventino, en el Foro, en el Capitolio se presentaban á su vista la sombra de los Gracos, la figura austera de Catón, el puñal de Bruto; ínterin residía un emperador en la Ciudad Eterna estaba obligado á usar, respecto de la majestad del Senado y de la familiaridad del pueblo, miramientos que, no hallándose en relación con las nuevas instituciones, repugnaban á príncipes acostumbrados á la dócil obediencia de las legiones y de las provincias.

Por otra parte quería Constantino apoyar su nueva política en una religión nueva. Roma podía considerarse entonces como metrópoli del politeísmo, no porque tuviera un centro, una unidad para las antiguas creencias, sino porque á contar desde su fundador había acogido una serie de tradiciones paganas, á que se enlazaban tanto sus victorias como el orgullo de sus victoriosos días; hubiérase dicho que el Júpiter Capitolino amenazaba desde lo alto de su incontrastable roca á todo el que osara violar sus altares. Allí habían llevado sus supersticiones los diversos aventureros de todos los países del mundo. Era como un campo de espinos en que la planta nueva no podía desarrollarse con holgura.

Además, todo acto público debía ser consagrado con ceremonias religiosas en virtud del origen sacerdotal del gobierno patricio; se preludiaban las asambleas con sacrificios; alzabase en el Senado la estatua de la Victoria; las solemnidades llamaban al emperador unas veces al circo, otras á los templos, y proponiéndose Constantino, ora por cálculo, ora por convencimiento, abolir la antigua creencia, experimentó hácia aquellos profanos usos una repugnancia, que no trató de encubrir con las artes del disimulo. Viéronle el pueblo y los patricios con no ménos despecho que escándalo, menospreciar lo que tenían por sagrado; pero lejos de cobrar susto por ello, resolvió apartarse de aquella raza cuyas orgullosas pretensiones igualaban á su vileza, y trasladar la sede del imperio á un punto donde no hubiera que arrostrar recuerdos, que cumplir ritos, ni que venerar sepulcros.

Convenía escoger aquel lugar en que la salubridad del clima se juntara á la facilidad de

las comunicaciones, y en que el jefe del imperio pudiera observar de una mirada, tanto las hordas del Norte, que hacían continuas irrupciones, como el amenazante poder de los persas. No podría hallar en el mundo una ciudad mejor situada que Bizancio para ser capital de un gran imperio. Una débil colonia griega había podido convertirse allí en una república independiente de las más prósperas y dominar el mar Egeo y el Euxino. Dícese que Augusto había pensado en trasladar la sede del imperio, de que era fundador, al punto desde donde Troya había dominado en un tiempo la embocadura del Helesponto. Con la misma idea había empezado Constantino á mandar levantar murallas en la playa que desde la vertiente del Ida desciende del promontorio Reteo. Pero conoció en seguida que Bizancio estaba en una situación más favorable para el comercio y para la defensa del imperio, en atención á que sin hablar de su admirable distribución sobre siete colinas, era fácil cubrirla sobre el estrecho istmo que la une al continente; además, por el lado del mar podía poner freno á las piraterías de los godos y de los sármatas en el Euxino, á la par que parecía extender sus dos brazos para recibir las riquezas del Oriente y del Occidente.

La nueva ciudad, que tomó de él su nombre, ocupa un promontorio triangular, cuya base se apoya en el continente europeo, y cuya cumbre se adelanta hácia el Asia, que apenas dista de allí quinientos pasos. La costa meridional da frente á la Propóntida ó mar de Mármara; se abre en la costa septentrional el puerto que por su figura y las riquezas que allí afluyen se ha denominado el Cuerno de Oro. El Lico, que renueva las aguas, impide que se amontone allí el fango, y las mareas, que se sienten muy poco en aquellas playas, nunca oponen obstáculos á la entrada de buques, ni aún á los de más alto bordo, que pueden abrigarse allí en número de mil doscientos, y echar el ancla en ciertos puntos á lo largo de las casas. En tiempo de las Cruzadas cerraba una cadena de hierro el puerto, cuya entrada no tiene más de doscientos cincuenta metros. La cúspide del triángulo rompe las olas del Bósforo, canal tortuoso que junta el Euxino á la Propóntida, y cuya longitud es de diez y seis millas por una y media de anchura. En su parte angosta

y enfrente de Bizancio se alza la pequeña ciudad de Chrisópolis (*Scutari*), y luego, cuando empieza á ensancharse hácia la Propóntida, Calcedonia, colonia griega. Cuando se ha atravesado por espacio de veinte millas la Propóntida, desde donde se descubre por encima de un golfo, Nicomedia, residencia de Diocleciano, y en una península, Cízica, famosa por su comercio, se llega al Helesponto, que un amante ó un poeta pueden cruzar á nado para pasar de Asia á Europa, y sobre el cual echó Jerges un puente para el innumerable ejército que conducía á su ruina.

En aquellos lugares el mar, la costa, la atmósfera, todo parece hermoear á porfía la más magnífica morada del hombre. Constantino destinó 70.000 libras de oro á la construcción de los muros, de los pórticos y de los acueductos. Al paso que la mayor parte de las ciudades construidas al acaso y según el capricho de los particulares en el curso de muchos siglos no ofrecen más que irregularidad y deformes contrastes, esa fué trazada con arreglo á un plano único, bajo la inspiración de un sólo pensamiento, y para ejecutarlo se asociaron las artes de Grecia al poder de Roma. Las selvas del Ponto y las canteras de Proconeso suministraron inagotables materiales; calles, palacios, basílicas, iglesias, todo fué delineado y llevado á feliz remate en una escala proporcionada á la grandeza de la metrópoli. En breve formaron una especie de jardín continuo los alrededores ornados de habitaciones opulentas. Solamente la impaciencia del emperador, que apresuraba demasiado los trabajos, hizo que se sacrificara á menudo la solidez á una ejecución pronta.

Como no podía crear artistas para embellecerla, renovó las injusticias de la antigua Roma, haciendo trasladar allí lo más perfecto que poseía el imperio. Grecia, Asia, Italia hubieron de ceder á Bizancio las estatuas de los dioses y de los héroes, los bajos relieves. El Apolo Pitio y Smintio, los tripodes fatídicos de Delfos, las musas del Parnaso, Rhea, la gran diosa, que los argonautas habían colocado en la cumbre del monte Dídimo, fueron á decorar el foro, el palacio, el hipódromo destinados á las carreras de los carros y á las luchas de los atletas.

Aunque Constantino no hubiera trasladado á Bizancio todas las obras maestras y objetos preciosos que poseían Roma é Italia, aquella ciudad, que había convertido en sede del imperio, hubo de atraer á su recinto á los magistrados, á los cortesanos y á la multitud que aspiraba á vivir de liberalidades ó á enriquecerse con la lisonja, y también á aquellos que apetecían ostentar su opulencia en un gran teatro ó ejercer las artes de lujo. Constantino consagró la iglesia principal á la Sabiduría eterna (Santa Sofía) y mandó preparar su sepultura en la de los Apóstoles. En torno se levantaron muy pronto ocho baños públicos y ciento cincuenta y tres baños particulares, cincuenta y dos pórticos acompañados de áticos y de jardines, dos teatros, cuatro basílicas para las asambleas, catorce templos, otros tantos palacios, cuatro mil trescientas ochenta y cinco casas, sin contar las cabañas plebeyas. En ménos de un siglo se habían amontonado las habitaciones en aquel vasto recinto, y se hubiera podido construir una nueva ciudad con las que se habían levantado extramuros.

Constantino hizo donación de los palacios á sus favoritos, agregando á esto, ricos dominios en el Ponto y en Asia. A falta de la aureola divina con que no podía circundar la ciudad nueva, y con que tantas otras se habían complacido en decorar su cuna, divulgó el rumor de que se le había mandado en sueños transformar la decrepita matrona en una doncella en la flor de su hermosura. Después en el momento en que trazaba con arreglo á los ritos romanos el recinto de la nueva ciudad, surcando el terreno con el hierro de una lanza, le hizo observar alguno que la daba un circuito inmenso, respondió: *Proseguiré en tanto que no se detenga el que marcha invisible delante de mis pasos.*

A pesar de todo, Roma no perdió la supremacía; el mismo título con que se envanecía Constantinopla era el de colonia, de hija primogénita y querida de Roma. Fué otorgado el derecho itálico á sus ciudadanos, y el nombre de Senado á su consejo público, é hizo al pueblo distribución de granos. Todos los años el día de su dedicación se paseaba allí un carro triunfal con la efigie de Constantino de madera dorada; se había colocado el génio de aquel

punto en su mano derecha; en rededor iban guardias de toda gala, llevando antorchas encendidas, y cuando había llegado la estatua delante del emperador reinante, éste debía ponerse en pié para tributar homenaje al nuevo Rómulo.

Constantinopla no se había visto obligada como Roma á conquistar la grandeza luchando contra obstáculos y peligros, desplegando en tanto grado aquellas severas cualidades, que pueden por algún tiempo ocupar el puesto de las virtudes verdaderas. Háblala inundado de repente una multitud corrompida, presa de todos los vicios de Roma, henchida de vanos títulos, habituada á adular á los Césares, tanto más servil con ellos mismos, cuanto que había perdido de vista la tierra en que aún vivían las tradiciones de la libertad. Un cielo puro y voluptuoso, la facilidad de recibir del Asia, de la India y del Egipto, todo aquello que fomenta el lujo y la sensualidad, una continua afluencia de extranjeros por mar y tierra, contribuyeron allí á la depravación, y asociándose al génio griego, sutil y querrelloso, convirtiéronla bien pronto en una sentina de vicios y de extravíos funestos.

Cambiando á la vez la política, la religión y la metrópoli del imperio, favoreció y comprometió Constantino tantos intereses, que no es de admirar el que quizá no exista en la historia ningún personaje del que se haya dicho tanto bien y tanto mal. Era de elevada y majestuosa estatura y de graciosa fisonomía. Acostumbrado desde sus primeros años á los ejercicios de fuerza y de agilidad en los campamentos, no se gastó en él el vigor de la juventud con los excesos de la intemperancia y de la disolución. Aunque su educación realizada en medio del estruendo de las armas, le hubiera privado de la cultura literaria, conoció la importancia del saber, y lo protegió generosamente. Aun en medio de sus expediciones, y dando audiencia á los embajadores, ocupábase sin cesar en leer, escribir y meditar. Se complacía en hacer justicia en las reclamaciones de los ciudadanos, trasladándose, en caso de necesidad, de un país á otro con el fin de enterarse bien por sus propios ojos.

Eran sus modales afables é insinuantes, y cultivaba con esmero la amistad de aquellos